

Cancerbero

Gerardo Aguilar

Image not found.

Capítulo 1

Si el Infierno es una casa, la de Hades,

es natural que un perro la guarde...

Jorge Luis Borges

Cancerbero

Me soñé muerto y desperté queriendo vivir. Abandonado el miedo, decidí dormir. He creído siempre que los sueños son maquinaciones de la mente, que ésta los hace emanar con base en circunstancias de días recientes, ya sea una experiencia propia, una película o el pasaje de un libro. Me equivoqué. Apenas logré conciliar el sueño, sentí un vacío profundo como si extirparan el oxígeno en mi interior al grado de ahogarme en segundos. Desperté en desesperación, pero con la confianza de verme y saberme satisfecho por vivir. No podía continuar con la incertidumbre de morir, así fuese en sueños. Decidí cavilar mientras merodeaba mi propio cuarto. Observé el techo, las paredes, mi cama, pares de zapatos apilados, el gran ventanal; sufrí temor, una inquietud fatal arrojó todo mi pensamiento: la cobardía al deceso era causa de la afrenta. Bajé las escaleras, el bordé de éstas me preocupó, así que descendí sujeto a cada centímetro del largo pasamanos que les acompaña. Crucé la sala, tomé las llaves de la puerta y salí a la calle seguro de saberme entre personas. No reparé en sonreír al librar la primera batalla contra la muerte en sueños. Miré alrededor mío y puse atención a oír las voces que deseaba escuchar. Sorprendido por la inmutabilidad del momento, me di cuenta de la avanzada noche: por eso el silencio, por eso la soledad. Aún con ello, fue más grande la cobardía de regresar a la cama que los peligros nocturnos de la ciudad. Opté por caminar sobre la acera donde vivo. Me detuve en la esquina para contemplar al estático silencio de la noche. Una luminaria me tomó por asalto, su sola luz lastimaba a mis ojos al tiempo que formaba un gran círculo sobre la oscuridad que reinaba la noche. Ahí me sentí protegido, resguardado a la deriva.

Por largo rato estuve sentado apreciando a la noche. Algún gruñido escuché pero no hice caso. Pasó un auto, luego otro, otros más. No se asombraron por mi presencia a altas horas de la noche, puesto que ninguno se detuvo frente a mí, tal vez temor, quizá precaución. Me sentí solo, aunque el miedo a la muerte había quedado esparcido en el tramo recorrido. Ahora, la duda vestía mis pensamientos, la introspección se hizo inevitable, pero a qué podía atenerme si no al peligro. Resolví de inmediato volver a casa, pero la luna amarilla me atrajo nuevamente al lugar donde estaba; ahí, frente a las luces de la noche, me recosté en la banqueta ansioso por dormir. No llegué a comprender si el miedo a lo

desconocido era más fuerte que el pavor a la muerte, si bien algunos dirán que son lo mismo, me atrevo a señalar que la muerte siempre será exterminio, en tanto que lo desconocido puede resultar fortuna, fama o alegría, insatisfacción, dolor, incertidumbre... La superficie era rasposa y no esperaba que me resultara igual de cómoda que mi cama. Permanecí ahí tendido a la zozobra. Al poco rato desperté, la noche permanecía estática como cuando me recosté. Otro gruñido prolongado me paralizó, viré para todos lados y no encontré perro alguno cerca de mí, pensé hallarme en el entresueño, así que no presté atención y volví a recostarme agazapando mis manos bajo la playera. Las altas horas de la noche fueron atizadas por el frío.

En un largo patio me encontré, al mirar para todos lados reconocí que era mi casa, solo que en grandes dimensiones. La perplejidad me consumió: ¿creció o me encogí? Seguí de largo dispuesto a llegar a mi habitación. Divisé las grandes macetas que con candor cuidaba mi madre en vida. Atravesé entre ellas al tiempo que noté sus disímiles formas. Me sentí por momentos muñeco de juguete, como aquel que tantos problemas causó a las plantas adoradas. Poco antes de llegar a la puerta, noté su presencia: postrado a ras de la puerta, un perro de tres babeantes cabezas vigilaba la entrada. Su cabeza del centro permanecía fija e intolerable a cualquier movimiento; apenas di un paso para observarlo más de cerca, di cuenta de cómo giraba arrebatadoramente hacia mi posición, guiando ésta a las otras cabezas que pronto fijaron su atención a donde me encontraba, dispuestas a atacar. Aterrado, me escondí tras los barrotes de la base de una maceta: un perro de tres cabezas no es algo ordinario. Permanecí quieto meditando el momento. Pasados los minutos, su atención se alejó del lugar donde me hallaba. Aproveché para observar detenidamente: no tenía patas comunes, sino largas garras que sujetaban con fuerza al suelo, como si éste fuera una enorme alfombra donde reposaba la bestia. Las dimensiones de su cuerpo eran imponentes; musculoso pecho, gruesas patas inferiores, amplio cuello, lomo largo y robusto, cola larga que revoloteaba para todos lados y un enorme pelaje rojo que daba aspecto de estar bañado en sangre. Sus grandes colmillos eran excepcionales, porque ambos sobresalían de la parte superior del hocico. Como era de esperarse, la gran bestia se encontraba agitada, así que respiraba con la lengua de fuera a la vez que mostraba enormes dientes distribuidos en sendas mandíbulas.

Aterrado pero firme en mi objetivo, caminé para llegarme a la puerta. Ya en el último tramo, tuve que esconderme en la pequeña lata de chiles que hacía la vez de maceta de albahaca porque la cabeza derecha volteó hacia mí, e inevitablemente las otras viraron de manera homóloga. Temí lo peor, supuse que una segunda atención bastaría para que se levantara a husmear el lugar, me encontrara, e iniciara la aniquilación de mi cuerpo con sus afilados colmillos, o tal vez, quisiera desgarrarme con sus garras hasta hacerme desfallecer. Lleno de pánico, retrocedí hacia una pequeña buganvilia por la cual trepé y me quedé dentro de su maceta hasta pasado

el miedo. La noche se volvía eterna. Resguardado, me asomé para descubrir su inalterable paciencia, ya que la bestia seguía a ras de la puerta sin intención alguna de dejar la posición. Amparado al borde la maceta, pude notar que sus otras cabezas palidecían frente a la cabeza de en medio: la derecha miraba para todos lados y jugueteaba ella sola, veía a su par y le lamía la cara al tiempo que ésta le gruñía, se entristecía en el acto, pero al poco rato, volvía a jugar con la nada pues feliz era su existencia. La izquierda parecía nadar en tristeza, echada sobre el borde de una pata, sollozaba una y otra vez al tiempo que desviaba sus ojos para un lado u otro en busca de algo o de alguien; sus gimoteos se alargaban en momentos pero eran frenados por la recia cabeza del centro que con un gruñido los callaba. Así, comprendí que la del centro era la cabeza dominante, y por tanto, la que controlaba la conducta de las otras que a su merced se mantenían.

De silencio se colmó la noche, me arrullé en la tierra que rodeaba a la buganvilia como un chiquillo recién tirado en la arena. Por momentos, pensé que la bestia había desaparecido y que mi oportunidad para regresar a casa había llegado. Dejé de lado mi diminuto tamaño. Olvidé que hasta entonces dormía sobre la banqueta a causa de los sueños mortales. Pensé escabullirme para entrar, allegarme del calor de hogar bajo cobijas y olvidar los terribles acontecimientos de la noche. De un momento a otro, el mutismo reinó el espacio; la bestia ya no se encontraba en el lugar, así que me dispuse rumbo a la puerta. Caminé de largo sin temor alguno, miré a mi alrededor para asegurarme de la ausencia. Al llegar a ésta, espumarajos cayendo del cielo contuvieron mi paso: la bestia babeada tras de mí. Sorprendido, guardé en silencio a espera de lo peor.

No regreses a tu casa esta noche que es maldita –dijo.

Su voz, como la de hombre de avanzada edad, estremeció mi cuerpo que quedó paralizado sin intención alguna por avanzar o retroceder.

No temas, somos amigos –escuché.

Con valor desconocido giré hacia él, le miré mientras la cabeza juguetona me lamía por todas partes hasta dejarme bañado en baba. La del centro habló:

No regreses a tu casa esta noche que es maldita, despierta y quédate donde estás. Pronto se irá y los sueños con ella.

Aún temeroso, acordé quedarme a su lado hasta pasada la noche.

Nos veremos cuando mueras –dijo al despedirse.

Desperté enseguida sobre la banqueta donde reposaba. A lo lejos se oyeron varios ladridos, alcé mi mirada con esperanza de verle pero fue inútil. Sentado en la banqueta aguardé el amanecer.